

PARA PROFUNDIZAR MÁS EN LUCAS 24, 35-48

1. Aparición a los discípulos (24, 36-49). Los once discípulos se encuentran con el Resucitado y viven la plenitud del mensaje pascual. Habían recibido ya el testimonio de Pedro (24, 34), pero necesitaban la experiencia personal del encuentro con Jesús resucitado. La experiencia personal es el fundamento de la fe de los creyentes de todos los tiempos, de cada uno de nosotros, aunque el testimonio de los otros, que han creído antes, sea indispensable. Jesús descubre el sentido profundo de la Escritura. Así, en Jesús se cumple la Escritura y él es también su intérprete (24, 44-45).

Y les envía como testigos a predicar la conversión y el perdón de los pecados para toda la humanidad. Para esta urgente tarea, los(as) discípulos(as) cuentan con la ayuda y la fuerza del Espíritu. Tenemos también en este texto todos los elementos de lo que será la futura misión de la Iglesia. El testimonio de los apóstoles tendrá como tema central la muerte y resurrección de Jesús. Y desde Jerusalén se anunciará a todos los pueblos la conversión y el perdón de los pecados. Es una breve síntesis que desarrollará san Lucas ampliamente en el libro de los Hechos (véase Hch 1,8).

2. Jesús no es un fantasma: El relato de hoy es difícil, porque en él se trabaja con elementos enfrentados: Jesús no es un fantasma, enseña sus heridas, come con ellos... pero no se puede tocar como una imagen, pasa a través de las puertas cerradas... Tampoco Jesús Resucitado es un cadáver reanimado (como pudo serlo el hijo de la viuda de Naín, Lc 7,11-17). Jesús, con su resurrección, ha entrado de lleno en la vida de Dios. Anunciando que el Señor resucitado tiene «carne y huesos», Lucas va más allá de lo que el relato previo de Emaús y la misma aparición en medio de sus discípulos sugieren para insistir en que el Resucitado es real y es el mismo Jesús de Nazaret que crucificaron. El texto tiene mucho cuidado de decir que Jesús es el mismo, pero su vida tiene otra corporeidad; no la de un fantasma, sino la de quien está por encima de la «carne y la sangre». Hay, por tanto, una enseñanza sobre la resurrección de Jesús: el resucitado es la misma persona, pero no tiene el mismo cuerpo, es un cuerpo espiritual, ya resucitado, ya de Dios. No debemos olvidar, para tener una experiencia total de este encuentro, la discontinuidad subrayada por Pablo en 1 Cor 15, 35-50. La resurrección no es una “idea” o un invento de los suyos. A pesar de ser un hecho que está más allá de la de lo científico, de lo demostrable, se trata de un hecho real. Esta forma de presentar las cosas, pretende afirmar una realidad profunda: el Señor está vivo. Pero la presencia de Jesús no transforma de manera mágica a los discípulos. En su interior “surgen dudas”. Hay quienes “no lo acaban de creer por la alegría”. Otros siguen “desconcertados”. Así sucede también hoy. La fe en Cristo resucitado no nace de manera automática y segura en nosotros. Se va despertando en nuestro corazón de forma frágil, y crece rodeada de dudas e interrogantes: ¿será verdad algo tan grande?

3. Hacen Falta Testigos. Los encuentros que tiene Jesús resucitado con los discípulos son para convencerles que ahora les toca a ellos proseguir su causa (el Reino de Dios), anunciar la salvación y el perdón de los pecados. Creer en la resurrección de Jesús sin estas consecuencias sería como creer en cosas de espíritus. La realidad profunda es que el crucificado está vivo, y ahora les envía a salvar a toda la humanidad. Los relatos evangélicos lo repiten una y otra vez. Encontrarse con el Resucitado es una experiencia que no se puede callar. Quien ha experimentado a Jesús lleno de vida, siente necesidad de contarlo a otros. Contagia lo que vive. No se queda callado. Se convierte en testigo. La fuerza decisiva que posee el cristianismo para comunicar la Buena Noticia que se encierra en Jesús son los testigos. El testigo comunica su propia experiencia. No cree «teóricamente» cosas sobre Jesús; cree en Jesús porque lo siente lleno de vida. No sólo afirma que la salvación del hombre está en Cristo; él mismo se siente sostenido, fortalecido y salvado por él.

En Jesús vive «algo» que es decisivo en su vida y que no se encuentra en otra parte. Contagia vida, no doctrina, y «hace discípulos» de Jesús. El mundo de hoy no necesita más palabras, teorías y discursos. Necesita vida, esperanza, sentido, amor. Hacen falta testigos, creyentes que nos puedan enseñar a vivir de otra manera porque ellos mismos están aprendiendo a vivir de Jesús.